

EL CHAMÁN SIEMPRE TOCA DOS VECES

Guillermo González Lara (Laremo)

Ing. en Computación Inteligente UAA, 8° semestre

Los lánguidos rayos solares se reflejaban en la fina brisa matutina. Con delicadeza, el calor desprendía la humedad de la llovizna nocturna y la deslumbrante vegetación parecía respirar mecida por el viento, susurrando con suavidad. Una niña se entretenía fastidiando a un par de insectos con un palo cuando percibió a dos figuras que se acercaban detrás suyo, se giró y reconoció en un instante a su padre.

—Mili, ve con tu ma. Voy a llevar al señor mago a donde vive el diablo.

—Sí, padre —respondió la niña, mirando de reojo a la figura detrás de su padre—. Con permiso.

La silueta asintió en silencio y la niña, siguiendo los consejos de sus padres, evitó mirarle directamente. Con la vista fija en el suelo entró a la casucha de madera y lámina.

—Suenan diferente a la gente de por aquí —dijo la figura en cuanto la niña había entrado.

—Es así. En estos lados escuelas no hay, maestros tampoco. Entendemos lo que podemos. Sabemos sembrar, talar, cosechar —respondió el padre de la niña—, pero mi Mili, una maestra tuvo. Apenas una chiquilla era y ya parlotaba y conjugaba, y cosas bien raras decía.

—¿Qué pasó con la maestra?

—Sabrá Envo, una mañana mi niña despertó y fue a donde la maestra tenía su choza, pero nada, se había ido.

Avanzaron por entre varias casuchas poco diferentes entre sí, derruidas por el implacable paso del tiempo. Atravesaron un pequeño mercado y algunos campos de trigo. En los límites del pueblo, el chamán observó una estatuilla posada sobre un altar rudimentario; no hizo falta que preguntara, pues el campesino notó su inquietud y le explicó:

—Mi abuelo nos contaba sobre Envo, el dios que salvó esta tierra, al que debíamos rezar si queríamos que todo estuviera bien. Él nos traía lluvias y cosechas abundantes, nada nos faltaba, hasta los ani-

males para cazar empezaban a abundar. Pero en los últimos años, ¿qué digo años?, ¡décadas!, las cosechas se nos han marchitado; los niños se enferman de cosas muy graves, poco pueden hacer nuestras curanderas; no he visto ya aves ni liebres, y los peces nacen con podredumbre dentro. Le digo, le digo que el diablo nos está maldiciendo.

—¿Ha visto usted al diablo? —Preguntó el chamán, con un tinte de curiosidad en la voz que no logró enmascarar a tiempo.

—No, mi niña lo ha visto. Es una criatura larga y grande, con cuernos en el cuerpo y una cola de aguja, así me lo describió.

—He de añadir esa descripción a las muchas que he escuchado para “diablo”.

—Ya casi llegamos, el cementerio está acá abajo. Sígame, con cuidado que este camino es traicionero.

El campesino bajó con agilidad un escabroso camino que, a juzgar por la erosión en las rocas, en el pasado debió ser un arroyo o riachuelo. Conforme se acercaban al cementerio, el chamán pudo notar cómo la tierra perdía su consistencia, parecía caminar sobre huesos amontonados que crujían debajo de sus zapatos. El viento se agitó, siseaba entre las ramas secas de lo que alguna vez fueron arbustos; el chamán escuchó y comprendió que era una advertencia. Siguió avanzando unos metros, pero se detuvo al recordar que no estaba solo. Se quitó el abrigo y lo colgó en una rama. Rebuscó dentro de una pequeña mochila que llevaba colgada al hombro y tomó un cuaderno pequeño con símbolos que el campesino no se esforzaría en comprender.

—A partir de aquí iré yo solo, si no le importa, señor... —Había olvidado su nombre.

—Claro, clarísimo —dijo el campesino, dejando salir un suspiro de alivio al saber que podía irse—, ande con cuidado, señor don brujo. Quisiera quedarme y ayudarle a usted, pero...

—Está bien, señor Julián —recordó—. Me encargaré desde aquí.

—Miles gracias, don brujo.

—Hm... No soy brujo ni mago, soy un chamán. Nos dedicamos a cosas distintas.

—Disculpar, de aquellas cosas mucho no sé, señor bru... —se corrigió rápidamente—, señor chamán.

—Está bien, don Julián, vaya a casa. Deje mi pago frente a la puerta. Cuando haya terminado, iré allí y tocaré dos veces. No abra. ¿Entendió?

—Todito, señor chamán —respondió—. En nombre de Envo: miles gracias, miles fortunas.

—Gracias, don Julián —dijo el chamán, mientras dibujaba runas y símbolos en el aire frente a él.

Don Julián se retiró a paso veloz, repitiendo en su cabeza las palabras del chamán: “dejar el pago en la puerta, tocará la puerta dos veces, no abrir”. Unos minutos más tarde sintió cómo el viento se detuvo un instante y el suelo pulsaba rítmicamente, como si un gigantesco corazón palpitara por debajo. El campesino empezó a correr tan rápido como pudo, un horror instintivo y primitivo lo impulsaba en la huida.

El viento emitió un zumbido. En un instante los símbolos y runas suspendidas en el aire destellaron, latieron y se contrajeron; el suelo se dobló y frente al chamán la realidad se rasgó como si hubiese cortado un trozo de tela. El chamán atravesó la rasgadura, la energía del espacio espiritual se sentía como sumergirse en un pantano espeso y tibio, aunque no limitaba sus movimientos; era una sensación conocida para él. Sus ojos no tardaron mucho en acostumbrarse a la escasa luz que alcanzaba el plano espiritual; se dio cuenta de que había entrado al equivalente de una cueva pequeña en el mundo terrenal, susurró unas cuantas palabras y, de inmediato, se materializó una esfera de luz azulada, líquida y metálica, permitiéndole observar con claridad el interior de la cueva y a la criatura que le observaba con recelo.

—Impresionante —dijo una voz hueca proveniente de ninguna parte y de todas a la vez; “*telepatía*”, concluyó—, hace mucho tiempo que ningún ejemplar humano entraba aquí con éxito.

—Admito que es acogedor, entiendo por qué te agrada tanto —respondió el chamán mirando alrededor con genuino interés.

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó la criatura— ¿Has venido en busca de poder?, ¿riqueza?, ¿maleficios?

—Has estado afectando negativamente a tu entorno, tus acciones han incomodado a las personas que viven aquí. Están asustadas, desesperadas, y me han llamado para solucionar las anomalías.

—¡Anomalías! —exclamó la criatura— Pero ¿qué te crees que eres? —Levantó su alargado cuerpo, que hasta entonces reposaba perezosamente en el suelo húmedo de la cueva.

—Soy un chamán —respondió con voz suave y calmada—. Entre los tuyos se me conoce como...

—¡Silencio! —le interrumpió—. Has venido hasta aquí, te has metido a la fuerza en mi hogar, me insultas a mí y a los de mi especie, me llamas anomalía, pero aquí la anomalía eres tú. Eres tú el invasor. Así que tendré que solucionar esa anomalía, ¿qué te parece?

—Me parece que estamos yendo en círculos. Tengo una propuesta que podría interesarte, una en la que ambos podemos resultar beneficiados —el chamán hizo una pausa esperando una reacción. No la hubo, así que continuó:

—Escucha, los de...

No terminó, la criatura lanzó un terrible golpe con su cola y un afilado aguijón, de al menos medio metro de largo, atravesó al chamán en un instante; lo elevó en el aire y lo golpeó contra el suelo. Se escuchó un crujido, el suelo se agrietó, la consistencia líquida del espacio espiritual se removió como lodo invisible mientras la criatura se preparaba para atacar de nuevo. Se detuvo, algo no estaba bien. Miró al chamán destrozado en el suelo.

“Sangre..., los humanos sangran, éste no ha dejado ni un rastro”, pensó.

—Sangre... —dijo una voz detrás de la criatura—, tienes razón... la próxima vez no pasaré por alto un detalle tan obvio...

La criatura se dio la vuelta, alerta, mirando alrededor y con la cola tensa, preparada para atacar. Un ligero destello debajo de su tórax hizo que se moviera como una serpiente, ágil y ligera, la criatura rodeó un círculo con múltiples símbolos en su interior.

—¿Crees que me detendrá un simple sello? —bramó con altivez.

—Sería inútil sellarte —respondió la voz—. Sin embargo, dejarte ir sería problemático, has causado demasiados problemas.

—Mira eso, tenemos un héroe —dijo el demonio.

—“Profesional” es el término correcto.

—¿Y qué? Solo debo hallarte, tirar del hilo telepático que has creado y matarte. Será fácil, los humanos son frágiles.

—Frágiles... —el chamán suspiró—, te mostraré algo interesante —dijo con soberbia.

El chamán chasqueó los dedos, el sello destelló solo un instante y una descarga eléctrica atravesó el alargado cuerpo del demonio. La criatura se retorció, bramó y chilló. Se arrastró entre los espasmos de su cuerpo y se pegó a la pared de la cueva.

—Como puedes ver —continuó el chamán—, voy por delante

de ti, pues yo no necesito encontrarte. Tu vida... no... tu existencia, se encuentra aquí, en la punta de mis dedos... —El chamán rompió la ilusión, se reveló frente al demonio, con la mano tensa, preparado para chasquear otra vez.

—Si es tan fácil, ¿por qué no lo has hecho? —Inquirió la criatura—. Si lo que dices es verdad, podrías haberme eliminado sin más.

—Podría, pero sería un desperdicio, existen usos más productivos para un demonio —respondió el chamán fijando su mirada en los ojos de la criatura.

El demonio se tensó de nuevo. Se preparó. El chamán tensó la mano. La criatura bufó.

—Sabes... curiosamente —dijo el chamán, con una sonrisa en el rostro—, se me ocurren todavía más usos para darle a un dios. ¿Qué te parece, Envo?

Si los dioses respiraran, la respiración de Envo se habría detenido en seco. Se retrajo, cambió su forma despacio, asimilando lo que acababa de suceder mientras se entornaba en una figura humanoide, más cercana a lo que la estatuilla en el altar reflejaba. Con recelo, pero con mucha curiosidad, preguntó:

—¿Qué eres?

—Chamán, te lo dije —le respondió, con menos tensión en el cuerpo, pero aún alerta.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar —el chamán se encogió de hombros, relajó los dedos y continuó—. ¿Qué es lo que lleva a un dios a maltratar a su gente?

—Simple: estoy cansado de ellos —el dios se fabricó un asiento, extruyendo una porción del suelo; hizo uno también para el chamán y lo invitó a sentarse—. Les di todo: tierras fértiles, lagos cristalinos, animales que les hicieran compañía, prosperidad... ¿y qué hicieron? Derramaron estiércol en mis lagos, desgastaron los suelos envenenándolos con su ambición, se alejaron del camino que les mostré y decidieron injuriar contra mi nombre. Dejaron de buscar a un dios para culpar a un demonio, sin darse cuenta de que ellos son su propio demonio.

—¿Crees entonces que son una causa perdida?

—No, pero no estoy dispuesto a seguir ayudando. Durante generaciones han repetido los mismos errores, mi presencia aquí ha sido lentamente menos relevante, para bien y para mal.

—Entonces ven conmigo, comparte tu poder y tu conocimiento, y llevemos equilibrio al mundo.

—¿Qué crees tú que será de estas personas? —Inquirió el dios, dejando ver un atisbo de interés.

—Tú lo has dicho, han cometido los mismos errores una y otra vez y, aún así, siguen ahí —miró al dios, intentando leer algo en su postura—. Quizás los estás subestimando.

—Quizás... sea momento de soltarles la mano. He estado aquí mucho tiempo, aburrido, sin mucho por hacer. Será interesante averiguar de lo que las personas son capaces.

—Es un acuerdo entonces —el chamán extendió su mano, con marcas rúnicas en la palma y el dorso.

Envo extendió una de sus extremidades estrechando la mano del chamán y, en un instante, dejaron de ser individuos, se fusionaron con el todo del universo, observaron cómo la realidad se deformaba hasta ser indistinguible, hasta ser parte de ellos y elevarlos más allá de lo que sus propias imaginaciones podrían comprender; los devolvió violentamente como golpeados por un látigo, desorientados, sin la mínima idea de lo que sus mentes acababan de experimentar.

Unos instantes después, cuando pudieron incorporarse, salieron de la cueva y avanzaron, por instinto, hacia el pueblo. Una vaga sensación, como un susurro mental, les instaba a acercarse a una casucha destartalada, recoger una especie de saco de tela y golpear la puerta dos veces. Dentro, un padre aterrado por el tremor de la tierra y los alaridos del viento huracanado aferraba a su hija entre sus brazos, jurándole que todo estaría bien, y rezaba con toda la fe que su espíritu podía albergar, a un dios que ya no lo escuchaba.